

tan provocante, que se habría dicho la tomaba voluntariamente para echarlo todo á perder. Lo peor del caso era que, en cada una de esas cosas ó de esos actos, reconoció faltas de tacto, torpezas vituperadas y no aconsejadas por ella y que su hermano se había obstinado en cometer bajo la influencia inconfesada del abate Paparelli, de ese caudatario tan humilde, tan infimo en el que *donna* Serafina adivinaba una supremacía nefasta, un destructor de su propia influencia tan cuidadosa y vigilante. Así que, á pesar del duelo en que estaba sumida la casa, no quiso retrasar la ejecución del traidor, tanto más cuanto que su antigua amistad y compañerismo con el terrible Santobono, y la historia de aquel cestillo de higos que pasara de las manos de éste á las de aquel, la impresionaron dejándola helada y haciéndola concebir una sospecha que quiso, al menos, poner en claro. Pero al oír las primeras palabras, al oír la petición formal de arrojar al caudatario, al traidor á la calle, encontró *donna* Serafina en su hermano una resistencia brusca, invencible. No quiso escuchar nada, se incomodó estallando una de esas cóleras de huracán que lo barrían todo con su violencia y acabó diciéndola que no estaba bien, que ella la emprendiese contra un pobre hombre tan modesto y tan piadoso acusándola de que ayudaba al juego de sus enemigos, que después de haber matado á monseñor Gallo, trataban de envenenar su cariño á ese desdichado clérigo sin importancia. Dijo además que todas esas historias, eran otras tantas abominables calumnias, y juró conservarlas á su lado nada más que para dar pruebas del desdén que le inspiraba la calumnia. Y *donna* Serafina no tuvo más remedio que callarse.

Habiendo experimentado otro nuevo estremecimiento, volvió *don* Vigilio á ocultar el rostro entre las manos.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

Balbuceó sordas invectivas; el engendro de fingida humildad, el hombre de la falsa modestia, el vil espía encargado de ver y observar todo lo que pasaba en el palacio pervirtiéndolo todo; el insecto inmundo y destructor, que se apodera de las presas más nobles y que devoraba la crin del león, el jesuita, pero el jesuita más abyecto, el

jesuita criado-amo y tirano, con todo su horror de baja-za, ejecutando su tarea de gusano triunfante.

—¡Calmaos, tranquilizaos por Dios!—le dijo Pedro que, aun dejando aparte lo que aquello tenía de loca exageración, sentíase dominado por una cosa desconocida, terrible, por cosas realmente amenazadoras y vagas que comprendía que se agitaban verdaderamente en el fondo de la sombra.

*Don* Vigilio, desde que había estado á punto de comer los terribles higos, desde que el rayo cayó á su lado, tenía ese temblor, ese terror vago que nada ni nadie podía calmar. Aun estando solo, cuando después de encerrarse en su cuarto y de correr el cerrojo se acostaba, apoderábanse de él locos terrores que le hacían ocultarse bajo las sábanas para ahogar sus gritos y con tanto miedo, como si temiese que por las paredes fuesen á entrar algunos hombres para estrangularle.

Con voz ahogada, desfallecida, jadeando lo mismo que si saliese de una lucha, añadió:

—Os lo decía y decía muy bien la noche en que hablamos en vuestra habitación encerrados y con la llave echada á la puerta... Hacía muy mal en hablarlos con tanta libertad de ellos, en desahogar mi corazón contándoles de todo lo que son capaces... Estaba seguro de que lo sabrían y bien veis que se han enterado puesto que me han querido matar... Mirad... en este momento mismo cometo una locura diciéndoos esto, porque van á saberlo, y esta vez no errarán el golpe conmigo... ¡Ah! ¡Todo está concluído, soy hombre muerto y esta noble mansión que creí tan segura será mi tumba!

Al contemplarle, sintió Pedro una compasión infinita hacia aquel enfermo, cuyo cerebro de calenturiento, henchido de pesadillas, acababa de echar á perder su vida estropeada, haciéndole sufrir todos los terrores y las angustias del delirio de persecución.

—Pues es preciso que huyáis; no os quedéis aquí, veníos á Francia, idos á cualquier parte.

Miróle asombrado *don* Vigilio y se calmó en seguida.

—¡Huir! ¿Y para qué? En Francia también están ellos, no importa el sitio porque en todas partes se hallan. Están en todo y en vano huiría, porque en todos lados esta-

ría á su lado, entre ellos. No, no, prefiero quedarme aquí... morir en seguida, si es que en adelante su eminencia no me puede defender.

Levantó la cabeza y fijó en el gran retrato de ceremonia en el que el cardenal resplandecía con su sotana de moaré rojo, una mirada de súplica infinita en la que se esforzaba aún en lucir algo de esperanza; pero sobrevino la crisis, le agitó, le sumergió con un acceso redoblado de fiebre furiosa.

—Dejadme, dejadme... os lo ruego... No me hagáis hablar más. ¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli! Si volviera, si nos viese... si me oyese hablar... no volveré á hablar nunca más... Mataré la lengua, me la cortaré si es preciso. Dejadme... dejadme... Os digo que me estáis matando; que va á volver y que eso es mi muerte. ¡Idos! ¡Ah! Por compasión, hacedme el favor de marcharos.

Y don Vigilio se volvió hacia la pared, como para aplastar en ella su rostro y cerrar su boca con un silencio de tumba.

Decidióse Pedro á abandonarle temiendo provocar un acceso más grave si se empeñaba en prestarle algún socorro.

En la sala del trono, á la que volvió, encontróse Pedro en medio del duelo de la casa irreparable é irremediable. Las misas sucedíanse unas á otras, misas cuyas balbuceadas oraciones subían sin fin á implorar la misericordia divina para que acogiese bondadosamente á aquellas dos almas queridas que habían volado. Y con el aroma muriente de las rosas que se ajaban, ante las dos pálidas estrellitas de los cirios, meditó en ese hundimiento supremo de los Boccanera.

Darío era el último de ese apellido; con él los Boccanera, tan vivaces y cuyo apellido llenó la historia, iban á desaparecer. Se comprendía el cariño que había profesado el cardenal, en el que el orgullo de la raza era el único pecado, á aquel muchacho de carácter débil, fin de su raza, único vástago por el cual podía reverdecer el añoso tronco y si tanto él como *donna* Serafina habían querido el divorcio y después el casamiento, había sido, más que para que cesase el escándalo, con la esperanza de ver nacer de los dos apuestos jóvenes una descendencia nueva y fuerte

porque el primo y la prima se obstinaban en no casarse si no los entregaban el uno al otro. A la sazón con ellos y en aquella cama imperial en su mortal infecundo abrazo, yacía el portrer despojo, los pobres restos de una tan larga serie de príncipes esplendorosos, prelados y capitanes, que la tierra iba á tragarse.

Todo estaba concluído y nada podía nacer de una solterona vieja que ya no era mujer ni de un anciano presbítero que dejó de ser hombre. Ambos quedaban frente á frente estériles, lo mismo que dos añosas encinas que hubiesen quedado las únicas como restos de antiguo bosque y cuya muerte iba á dejar muy pronto la llanura completamente rasa. ¡Y qué dolor más impotente el de sobrevivir, qué angustia la de decirse que aquello era el fin de todo y que desaparecía toda la vida, toda la esperanza del mañana! En el balbuceamiento de las misas, en el olor aletargador de las rosas que se marchitaban, en la palidez de la luz de los cirios presintió entonces Pedro el hundimiento de ese duelo, la pesadez de la losa que caía para siempre sobre una familia extinguida, sobre un mundo desaparecido.

Comprendió que, como familiar de la casa, debía ir á saludar á *donna* Serafina y al cardenal. En seguida hizo que le introdujesen en la habitación inmediata que era en la que recibía la princesa á la que encontró vestida de negro, muy encorsetada y sentada en un sillón del que se levantaba con lenta dignidad para responder al saludo de cada una de las personas que entraban. Escuchaba los pesames á los que no respondía ni con una palabra, teniendo el aspecto rígido de una persona que venció el dolor físico; pero Pedro, que había aprendido á conocerla, conocía en lo pronunciado de su ceño, en sus ojos hundidos y en la boca amargamente contraída que todo se había derrumbado en ella sin esperanza de reparación posible. No sólo se concluía la raza sino que además su hermano no sería papa jamás, el papa que durante tanto tiempo creyó poder hacer con su adhesión y su renuncia de mujer que entregaba á ese sueño su corazón y su cerebro, sus cuidados, su fortuna, y su vida truncada de esposa y de madre.

En medio de tantos desastres tal vez era esa decepción

cruel de su ambición la que hacía sangrar más sus heridas. Se puso en pie por el joven presbítero, su huésped, como se levantaba para las demás personas, pero conseguía al hacerlo establecer distinciones en la manera como se ponía en pie según la persona á quien recibía; y Pedro comprendió perfectamente que seguía siendo á sus ojos el modesto abate francés, el ínfimo servidor retrasado en la domesticidad de Dios desde el momento en que ni siquiera había sabido elevarse hasta el título de prelado. Un momento, cuando ella se sentó otra vez, después de acogido su cumplimiento con una ligera inclinación de cabeza, se quedó en pie por deferencia. Ningún ruido, ni aun el murmullo de una conversación turbaba el pesado silencio del gabinete. Sin embargo había allí cuatro ó cinco señoras de visita y sentadas también pero con una actitud desolada, muda.

Lo que empero le chocó más fué el ver al cardenal Sarno, uno de los antiguos amigos de la casa, con su cuerpo enteco, su hombro izquierdo más alto que el derecho, reclinado, casi tumbado en el fondo de un sillón, con los párpados cerrados. Al principio se olvidó, después de los pesames acostumbrados, y luego se fué quedando aletargado, dormido, dominado por aquel silencio pesado, por lo tibio de aquel aire impregnado del penetrante aroma de las flores, y todo el mundo respetaba su sueño. ¿Soñaba en medio de su letargo en aquel mapa de la cristiandad que tenía metido en su cráneo achatado y de expresión obtusa? ¿Continuaba en su sueño, tras su máscara lívida de antiguo empleado, alulado por medio siglo de continua burocracia, su terrible tarea de conquista, la tierra sometida y gobernada desde el fondo de su sombrío despacho de la Propaganda?

Las miradas enternecidas y deferentes de las señoras se fijaron en el cardenal, al que muchas veces reprendíanle todos cariñosamente, porque trabajaba con exceso, viendo el desbordamiento de su celo y de su genio en esas somnolencias que, desde hacía algún tiempo, le acometían en todas partes. Y Pedro no debía llevarse más recuerdo de aquel cardenal omnipotente que esta imagen postrera, la de un viejo agotado, descansando en medio de la emoción de un duelo durmiendo como un viejo cándido, sin

que se pudiese saber si aquello era la imbecilidad que comenzaba ó el resultado del cansancio producido por una noche empleada en hacer reinar á Dios en algún lejano continente.

Se marcharon dos señoras y entraron otras tres. *Donna Serafina* se levantó de su asiento y volvió á sentarse y después de saludar, tomó otra vez su actitud rígida con el busto erguido y el rostro duro y desesperado. El cardenal Sarno seguía durmiendo. Sofocábase Pedro allí y experimentaba una especie de vértigo, latiéndole el corazón con mucha fuerza. Se inclinó y se retiró. Después, y en el momento en que pasaba por el corredor para dirigirse al despacho en que recibía el cardenal Boccanera, se encontró cara á cara con el abate Paparelli, que guardaba la puerta con mucho celo.

Cuando el caudatario le olfateó, comprendió sin duda que no podía negarle la entrada, y además, como aquel intruso debía marcharse al día siguiente, derrotado y avergonzado, no había nada que temer de él.

—¿Deseáis ver á su eminencia? ¡Bueno! ¡Bueno! Dentro de un momento... esperad un poco...

Y pareciéndole que estaba demasiado cerca de la puerta, rechazó á Pedro al otro lado de la habitación, pues á la cuenta temía que sorprendiese alguna palabra.

—Su eminencia está ocupado ahora... está de visita su eminencia el cardenal Sanguinetti... Esperad... ¡Esperad ahí!

En efecto, Sanguinetti, que con mucha afectación había estado de rodillas durante largo rato al pie de la cama imperial y ante los dos cadáveres en la sala del trono, prolongó luego mucho su visita á *donna Serafina* para demostrar cuanta parte tomaba en el duelo de la familia. Y hacía más de diez minutos que se hallaba en compañía del cardenal, sin que se oyese más que, de vez en cuando, y á través de la puerta, el murmullo de sus dos voces.

A Pedro, al encontrar allí á Paparelli, le perseguía de nuevo el recuerdo de lo que le había contado *don Vigilio*. Le examinó, viéndole tan pequeño, rechoncho, cubierto con una envoltura de grasa, con su faz abotargada que desfiguraban las arrugas, semejante á los cuarenta años, con aquella solana sucia, á una vieja solterona, á la que el ce-

libato hubiese disfrazado en un odre medio lleno. Y se quedó admirado, ¿cómo era posible que el cardenal Boccanera, ese soberbio príncipe, que llevaba tan erguida la cabeza con la indestructible altanería de su nombre, se hubiese podido dejar invadir y dominar por un sér semejante, hombre que sudaba hasta tal punto por todos sus poros la bajeza y el asco? ¿No sería precisamente esa decadencia física de la criatura, esa profunda humildad moral la que le había impresionado, turbado al principio, después seducido como dones extraordinarios de salvación de que él carecía? Eso abofeteaba su propia belleza, su orgullo. El que no podía deformarse de esa manera, que no lograba vencer su deseo de gloria, debía haber llegado por un esfuerzo de su fe, á tener envidia de aquel sér infinitamente feo y pequeño, á admirarle, á sufrirlo como una fuerza superior de penitencia, de rebajamiento que abría de par en par todas las puertas del cielo. ¿Quién es capaz de decir el ascendiente que ejerce el monstruo sobre el héroe, el que el santo cubierto de miseria, convertido en un objeto de horror, adquiere sobre los poderosos de la tierra con el miedo que estos tienen á pagar sus goces terrenales con las llamas eternas?

Y era el león comido por el insecto, tanta fuerza y tanto brillo destruídos por lo invisible. ¡Ah! Ser como aquella hermosa alma, estar segura de obtener el paraíso y encerrada para su bien en aquel cuerpo inmundo, y tener además la bienaventurada humildad de aquella inteligencia, de ese teólogo muy notable que todas las mañanas flagelaba su cuerpo con disciplinas y que no consentía en ser más que el último, el más ínfimo de los criados!

En pie, y embutido en su lívida grasa acechaba el abate Paparelli á Pedro fijando en él sus ojos grises que parpadeaban en medio de las mil arrugas de su rostro. Y Pedro empezaba á sentir cierto malestar preguntándose, qué sería lo que tendrían que decirse las dos eminencias para estar tanto tiempo encerrados. ¡Qué entrevista la de esos dos hombres si Boccanera sospechaba que Sanguinetti era el obispo entre cuya clientela figuraba Santobono! ¡Qué serenidad de audacia en el uno al haberse atrevido á presentarse, y qué fuerza de alma en el otro, qué imperio sobre sí mismo para en nombre de la santa reli-

gión evitar el escándalo, callándose, aceptando la visita como una sencilla muestra de estimación y confianza! Pero, ¿qué sería lo que podrían decirse? ¡Qué cosa más curiosa habría sido el poderlos ver el uno enfrente del otro, oírles cambiar las diplomáticas palabras que convenían á semejante entrevista, mientras que en el fondo de sus almas rugían furiosos rencores!

De pronto, abrióse bruscamente la puerta y se presentó el cardenal Sanguinetti con el rostro tranquilo, no mucho más coloreado que de costumbre, quizás un poco más pálido y conservando el justo medio de la tristeza que creía le convenía aparentar. Únicamente sus ojos turbulentos que giraban sin cesar revelaban la satisfacción que experimentaba, al haberse librado de una labor muy pesada en suma.

Se marchaba animándole la esperanza de ser el único papa posible.

El abate Paparelli se precipitó á su encuentro.

—Si su eminencia tiene á bien seguirme... si su eminencia lo permite le serviré de guía.

Y encarándose con Pedro le dijo:

—Y ahora ya podéis entrar.

Vióles Pedro alejarse, tan humilde el uno tras del otro tan triunfante. Después de esto, entró en el despacho y en seguida, en el centro de aquella habitación reducida, amueblada con una mesa y tres sillas, vió al cardenal Boccanera en pie aun, con la actitud altanera y noble que tomara para saludar á Sanguinetti. Y también visiblemente en su esperanza Boccanera se creía el único papa posible, aquel á quien debía elegir el cónclave de mañana.

Pero cuando se cerró la puerta, al ver al joven, á su huésped, que había asistido á la muerte de aquellos dos seres á los que tanto había querido y que dormían para siempre en la sala inmediata, experimentó el cardenal una emoción extraordinaria, que se volvió á apoderar de él; una debilidad indecible, en la que desapareció toda su energía. Era el desquite de su humanidad al hallarse á solas y fuera de la presencia de su rival, que no podía verle. Se tambaleó como un árbol añoso al recibir el hachazo

del leñador, y se desplomó sobre una silla, ahogándole de pronto convulsivos sollozos.

Y como Pedro, para cumplir con lo que imponía el ceremonial quisiera besarle la esmeralda que llevaba en el anular, le levantó haciéndole sentar inmediatamente enfrente de él, balbuceando con voz entrecortada.

—No, hijo mío, sentaos ahí y esperad... Dispensadme, dejadme un momento porque mi corazón estalla.

Sollozaba con las manos en la cara, no pudiendo dominarse, meter dentro de sí el dolor y con sus dedos aun vigorosos se oprimía las mejillas y las sienes.

Las lágrimas empañaron entonces los ojos de Pedro, que á su vez vió desfilar ante ellos toda la dolorosa aventura, trastornándole además al ver llorar á aquel anciano, á aquel santo y príncipe generalmente tan altanero y tan dueño de sí, y que en esos momentos no era más que un pobre sér de agonía y de sufrimiento, tan trastornado, tan débil como un niño.

Ahogándose quiso sin embargo presentarle sus respetos y darle el pésame y pensó qué palabras cariñosas podría pronunciar para llevar algún consuelo á aquella desesperación.

—Suplico á su eminencia que crea que mi pesar es muy grande. En su casa colmáronme de bondades y he tenido empeño en manifestar en seguida á su eminencia lo que deploro esa pérdida irreparable...

Con un gesto muy animoso le hizo callar el cardenal.

—¡Por favor, no digáis nada! ¡Por favor, nada!

Y reinó un gran silencio mientras él lloraba siempre, agitado por la lucha, esperando á ser bastante fuerte para vencerse. Por fin dominó su estremecimiento, descubrió lentamente la cara, tranquilizada poco á poco y vuelta á ser la de un creyente fuerte con su fe, sometido además á la voluntad de Dios. Puesto que éste se había negado á hacer un milagro, puesto que hería con tanta dureza su casa, tenía sin duda sus razones para hacerlo y él, uno de sus ministros, uno de los altos dignatarios de su corte terrestre no tenía que hacer más que inclinarse.

El silencio se prolongó aún bastante y después con una voz, que un esfuerzo de voluntad hizo natural y amable, preguntó:

—Nos abandonáis, querido hijo, os vais mañana, ¿no es así?

—Sí, mañana tendré el honor de ofrecer mis respetos por última vez á su eminencia, dándole las gracias una vez más por su inagotable benevolencia.

—Entonces, ¿supisteis que la congregación del Índice había condenado vuestro libro y que eso era inevitable?

—Sí, he merecido el insigne favor de ser recibido por Su Santidad, y en su presencia me sometí y reprobé mi obra.

Una llamarada empezó á subir á los ojos empañados por las lágrimas del cardenal.

—¡Ah! ¡Hicisteis eso! ¡Ah! ¡Obrasteis entonces muy bien, querido hijo! Ese era vuestro deber estricto de sacerdote; pero, ¡hay tantos hoy que ni siquiera cumplen con el deber! Como miembro de la congregación cumplí la palabra que os dí de leer vuestro libro examinándolo atentamente, sobre todo en las páginas que marcaba la acusación. Y si en seguida permanecí neutral, y aparenté que no me interesaba el asunto, llegando hasta el extremo de faltar á la sesión en que se juzgó, no fué más que para complacer á mi pobre sobrina, que tanto os quería y que os defendía ante mí...

Las lágrimas volvieron á apoderarse de él, se calló y comprendió que iba á desfallecer otra vez si evocaba el recuerdo de Benedetta, la adorada, la llorada. Así fué que con una aspereza batalladora, continuó:

—Pero permitidme, hijo mío, que os diga: ¡qué libro más execrable! Me afirmasteis que tratábais con respecto al dogma y aun me preguntó á qué aberración se debe que hayáis podido caer en una ceguera tal, que no os permitió siquiera tener conciencia de vuestro crimen. ¡Respetuoso con el dogma, Dios mío! ¡Cuando vuestra obra entera es la negación de toda nuestra religión santa! ¿No habéis comprendido que al pedir una religión nueva lo que hacéis era condenar en absoluto la antigua, la sola verdadera, la sola buena, la única eterna? ¿Y esto sólo bastaba para convertir vuestro libro en el más mortal de los venenos, en uno de esos libros infames que en otros tiempos se quemaban por mano del verdugo, y que á la fuerza se dejan circular en la actualidad, después de haberlos pues-

fo en entredicho y señalado con esto mismo á las curiosidades perversas, lo que explica la podredumbre contagiosa del siglo?... ¡Ah! ¡Cómo he reconocido en él las ideas de nuestro poético y distinguido pariente, de ese querido vizconde Filiberto de la Choue! ¡Un hombre de letras, sí! ¡Literatura! ¡Literatura! ¡Y nada más que literatura! Y ruego á Dios que le perdone, porque no sabe seguramente donde va ni lo que hace con su cristianismo de elegía, para los obreros parlanchines que tienen la lengua suelta, y para la gente joven de los dos sexos, á los que la ciencia comunicó cierta vaguedad al alma. Y no conservo mi cólera más que contra el cardenal Bergerot, porque éste sabe lo que hace y hace lo que quiere... ¡No! ¡No digáis nada, no le defendáis! ¡Es la revolución dentro de la Iglesia, está en contra de Dios!

En efecto, por más que Pedro hubiese propuesto no responder ni discutir, dejó escapar un gesto de protesta ante aquel furioso ataque al hombre que más respetaba y quería en este mundo. Desde luego cedió y se inclinó de nuevo.

—No puedo manifestaros con bastante energía mi horror,—siguió diciendo rudamente Boccanera,—sí, mi horror hacia todo ese hueco ensueño de la religión nueva, lo mismo que el que me inspira ese llamamiento á las más repugnantes pasiones que subleva á los pobres contra los ricos, prometiéndoles no sé qué reparto, qué comunidad, hoy de todo punto imposible.

Hay esa baja adulación al ínfimo pueblo, al que se le promete sin podersele dar jamás una igualdad, una justicia que sólo viene de Dios, que Dios sólo podrá hacer reinar al fin en el día señalado por un poder omnímodo. ¡No sé cómo calificar esa caridad interesada de la que se abusa hasta contra el mismo cielo para acusarle de iniquidad y de indiferencia; esa claridad lagrimosa y lánguida, impropia, indigna de corazones sólidos y fuertes como si el sufrimiento humano no fuese necesario para la salvación, como si no nos hiciésemos más grandes, más puros, y nos acercásemos más á la dicha infinita á medida que más sufrimos!

Se iba exaltando y estaba sangriento y soberbio. Era su duelo, la herida que tenía en el corazón la que le exaspera-

raba de esta manera, el marasmo que le abatiera un momento y del cual se reponía provocante contra el dolor, tan testarudo en su idea estóica de un Dios omnipotente, soberano de los hombres que reservaba su felicidad á los solos escogidos de su elección.

Hizo de nuevo un esfuerzo para calmarse y con más dulzura añadió:

—En fin, hijo mío, el redil está siempre abierto y heos ya de regreso, puesto que estáis arrepentido. No podéis imaginaros cuánto lo celebro.

A su vez hizo Pedro un esfuerzo para mostrarse conciliador con objeto de no ulcerarle aun más su alma violenta y dolorida.

—Puede tener la seguridad vuestra eminencia de que no olvidaré ni una sola de sus buenas palabras, así como tampoco podrá borrarse de mi memoria la paternal acogida de Su Santidad León XIII.

Esta última frase pareció producir el efecto de agitar de nuevo á Boccanera, que al principio sólo pronunció palabras sordas, medio contenidas, como si luchase para no interrogar directamente al joven presbítero.

—¡Ah! ¡Sí! Visteis á Su Santidad... Hablasteis con el Santo Padre y debió deciros ¿no es verdad? como á todos los extranjeros que van á visitarle que no quiere más que la conciliación y la paz... Pues yo no veo á Su Santidad más que en las ocasiones inevitables; hace más de un año que no he sido admitido en audiencia particular.

Esta prueba pública de disfavor, esta lucha sorda que, lo mismo que en tiempo de Pío IX, había estallado entre el papa y el camarlengo, llenaba de amargura á este último. Le fué imposible contenerse más y habló, diciéndose, sin duda, que tenía delante un familiar, un hombre seguro y que además debía marcharse al día siguiente.

—La paz, la conciliación, se va muy lejos con esas palabras tan hermosas, con tanta frecuencia desprovistas de verdadera prudencia y de valor... La verdad terrible es que los dieciocho años de concesiones de León XIII, lo han quebrantado todo en la Iglesia, y si reina aún mucho tiempo, el catolicismo, se derrumbará, caerá hecho polvo como un edificio cuyas columnas han mima-

Pedro, que se interesaba mucho, no pudo por menos de hacer algunas objeciones para enterarse mejor.

—Pero ¿no se mostró muy prudente poniendo aparte el dogma en una fortaleza inexpugnable? En resumen, que si bien parece que ha cedido en una porción de puntos, no ha sido nunca más que en la forma.

—¡La formal ¡Ah! ¡Sí, la formal—repitió el cardenal, con pasión creciente.—Os dijo como á los demás, que era intratable en el fondo y que no tenfa inconveniente en ceder en la forma. ¡Palabras deplorables, diplomacia equívoca cuando no es una sencilla y baja hipocresía! Mi alma se subleva al ver ese oportunismo, ese jesuitismo que juega el astuto con el siglo, que se ha hecho únicamente para sembrar la duda entre los creyentes, el desorden del sálvese quien pueda, causa próxima de inevitables derrotas! ¡Es una cobardía, la peor de las cobardías el abandonar uno sus armas para tener expedita la retirada, la vergüenza de ser así, la máscara aceptada con la intención de engañar al mundo y de penetrar en casa del enemigo para vencerle y reducirle por la traición! ¡No! ¡No! ¡La forma lo es todo en una religión tradicional, inmutable, que desde hace mil ochocientos años, ha sido, es aún y seguirá siendo hasta el fin de las edades la ley misma de Dios!

No pudo permanecer sentado y se levantó, poniéndose á pasear á través del reducido despacho que parecía llenar con su elevada estatura. Y era todo el reinado, toda la política de León XIII lo que discutía y lo que condenaba con violencia.

—La unidad, esa famosa unidad de la que le han hecho una gloria tan grande por quererla restablecer en la Iglesia, no es más que la ambición famosa y ciega de un conquistador que quiere ensanchar su imperio sin preguntarse si los pueblos nuevamente conquistados no van á desorganizar, á desmoralizar á su antiguo pueblo, hasta entonces fiel, adulterándolo y llevándole el contagio de todos los errores. ¿Y si los cismáticos de Oriente, los cismáticos de otros países al ingresar en la Iglesia católica, la transforman totalmente hasta el punto de matarla ó de formar una nueva comunión? No hay más que una sabiduría: le de no ser más que lo que es, y esto sólidamente. Del mismo modo, ¿no es también á la vez un peligro

y una vergüenza esa pretendida alianza con la democracia, esa política que basta para condenar el espíritu secular del papado? La monarquía es de derecho divino y abandonarla es en contra de Dios, pactar con la revolución, soñar con ese desenlace monstruo de utilizar la demencia de los hombres para establecer mejor sobre ellos el gobierno.

Toda república es un estado de anarquía, y desde luego la más criminal de las faltas es la de quebrantar para siempre la idea del principio de autoridad, de orden, de religión, reconociendo la legitimidad de una república con el único objeto de acariciar el sueño de una conciliación imposible... Así veréis lo que se ha hecho del poder temporal. Lo reclama aún; afectando ser intransigente en esa cuestión de la devolución de Roma; pero en realidad, ¿no consumó la pérdida, no es que renunció definitivamente, puesto que reconoce que los pueblos tienen el derecho de disponer de ellos, que pueden expulsar á sus reyes y vivir como animales sueltos en el fondo de los bosques?

Callóse bruscamente y levantó los brazos al cielo con un arranque de santa cólera.

—¡Ah! ¡Ese hombre! ¡Ese hombre que con su vanidad, con su necesidad de éxito había sido la causa de la ruina de la Iglesia! ¡Ese hombre que no ha dejado de corromperlo todo, disolviéndolo, desmigándolo, con objeto de reinar sobre un mundo que cree conquistar mejor así! ¿Por qué, Dios Todopoderoso, por qué no le habéis llamado á vuestro seno?

Y ese llamamiento á la muerte adquiría un acento tan sincero, había en él con un rencor muy grande un deseo tan inmenso y tan real de salvar á Dios del peligro aquí bajo, que Pedro experimentó un profundo estremecimiento. Ahora le veía á ese cardenal Bocanera que odiaba religiosamente, apasionadamente á León XIII; le veía acechando desde el fondo de su negro palacio y desde hacía muchísimos años la muerte del papa, esa muerte oficial que era él quien estaba encargado de hacer constar de una manera solemne por su cargo de camarlingo. ¡Cómo debía esperarla, cómo deseaba con febril impaciencia que llegase la hora bienaventurada en que debía ir armado

con su martillo de plata á dar los tres simbólicos golpes sobre el cráneo de León XIII helado, rígido, tendido en el lecho y rodeado de la corte pontificia! ¡Ah! ¡Golpear al fin en ese muro del cerebro para estar bien seguro de que nada respondería, de que no había nada dentro, nada más que la noche y el silencio! Y resonarían los tres llamamientos: «¡Joaquín! ¡Joaquín! ¡Joaquín!» Y no respondía el cadáver, el carmalengo se volvía, después de haber dejado pasar unos segundos, y decía: «¡El papa ha muerto!»

—Sin embargo,—observó Pedro queriendo llevarle hacia el presente,—la conciliación es un arma de la época, es para vencer con más seguridad para lo que el Santo Padre cede en las cuestiones de forma.

—¡Es que no vencerá, sino que será vencido!—exclamó Boccanera.—La Iglesia no triunfó nunca más que cuando se obstinó en su integridad y en la eternidad inmutable de su esencia divina. Y lo cierto es que el día en que permita que toquen á una sola piedra de su edificio, éste se derrumbará... Acordaos de los momentos terribles porque pasó en la época del Concilio de Trento. La Reforma la había quebrantado de una manera profunda; el relajamiento de la disciplina y de las costumbres se acentuaba por todas partes y con aquello una oleada ascendente de novedades, de ideas inspiradas por el espíritu del mal, de proyectos mal sanos que engendraba el orgullo del hombre suelto en plena licencia. Y aun en el mismo concilio hubo muchos miembros perturbados, gangrenados, dispuestos á votar las más locas modificaciones... un verdadero cisma en fin, que se añadía á lo demás... Pues bien, si en esa época tan crítica, si ante la amenaza de un peligro tan grande, se salvó el catolicismo del desastre, fué porque la mayoría, iluminada por Dios, mantuvo intacto el antiguo edificio, tuvo la terquedad divina de encerrarse en el dogma estrecho, y fué, en fin, porque no concedió nada, absolutamente nada, ni sobre el fondo, ni sobre la forma; y hoy en verdad, que la situación no es peor que en la época del Concilio de Trento, pongamos que sea la misma, y decidme si no es más noble, más animoso para la Iglesia tener el valor de decir bravamente como en otras épocas lo que es, lo que ha sido y lo que será. No hay salvación para ella más que en su soberanía total,

indiscutible, y puesto que siempre venció con su intransigencia, es matarla el quererla conciliar con el siglo.

Habíase puesto á pasear con un paso meditabundo y poderoso, yendo de un extremo á otro de la habitación.

—¡No! ¡No! ¡Ni un acomodo, ni un abandono, ni una debilidad! ¡El muro de bronce que cierra el camino, el mojón de granito que limita, son un mundo!... Ya os lo dije el día de vuestra llegada, hijo mío: querer poner al catolicismo de acuerdo con los tiempos nuevos, es apresurar su fin, si es que está realmente amenazado de muerte como pretenden los ateos. Y moriría de una manera muy baja, en vez de morir noblemente, en pie, altanero y orgulloso con su antigua gloriosa realeza... ¡Ah! ¡Morir en pie sin renegar nada del pasado, desafiando al porvenir y confesando su fe cierta!

Y aquel anciano de setenta años parecía engrandecerse aún más sin miedo al aniquilamiento final, con un gesto de héroe que desafiaba á los tiempos futuros. La fe le dió esa paz serena, esa paz que la explicación de lo desconocido por lo divino da al espíritu, cuya necesidad de certidumbre satisface llenándole. Creía, sabía, y no tenía dudas, temores ni miedo para el día siguiente de la muerte; pero una melancolía altanera nubló su voz.

—Dios lo puede todo, hasta destruir su obra si es que le parece mala. Todo se derrumbaría mañana, la Santa Iglesia desaparecería entre las ruinas, los santuarios más venerados se hundirían bajo la caída de los astros y sin embargo, sería necesario inclinarse para adorar á Dios cuya mano, después de haber creado el mundo, lo destrufa así para su gloria.

Y espero, me someto de antemano á su voluntad que es la única que puede producirse, porque no sucede nada que él no quiere que suceda. Si realmente los templos amenazan ruina, si es cierto que el catolicismo debe caer mañana hecho polvo, estaré allí para ser el ministro de la muerte como lo fuí de la vida... Es más, lo confieso, es cierto que hay momentos en que ciertos signos terribles me asustan. Puede ser, que, en efecto, el fin de los tiempos esté cercano y que vamos á asistir á ese derrumbamiento del mundo antiguo con que nos amenazan. Los más dignos, los más altos son aniquilados como si el cielo



se equivocase, castigase en ellos los crímenes de la tierra, y no he sentido el soplo del abismo, en el que todo va á desaparecer, hasta que mi casa por faltas que ignoro, ha sido herida con ese duelo horrendo, que la lanza al vacío, que la hace entrar para siempre la noche.

Allá, en la habitación inmediata no dejaba de evocar á esos dos queridos muertos que no dejaban de estar presentes. Los sollozos oprimían su garganta, temblaban sus manos y su cuerpo corpulento se agitaba con una postura rebelión de dolor bajo el esfuerzo de su sumisión. Sí, para que Dios se hubiese permitido herirle tan cruelmente, suprimiendo su raza, comenzando así por el más grande, por el más fiel, debía ser porque realmente el mundo estaba condenado. ¿El fin de su casa no era el fin próximo de todos? Y en su orgullo soberano de príncipe y de sacerdote, halló un grito de suprema resignación y levantando las manos al cielo exclamó:

—¡Ah, Dios todopoderoso, que se haga vuestra voluntad! ¡Qué todo muera, se derrumbe y que todo vuelva á la noche profunda del caos! Permaneceré en pie en este palacio en ruinas y esperaré á que me envuelvan los escombros. Y si vuestra voluntad me designa para ser el augusto sepulturero de vuestra santa religión ¡ah! no tendré ningún temor, no cometeré ningún acto indigno para prolongar su vida durante unos cuantos días. La sostendré erguida como yo, tan altanera y tan intratable como en los mejores tiempos de su supremacía. La sostendré con la misma valiente obstinación sin abandonar ni un ápice de su disciplina, de su rito ó de su dogma. Y cuando llegue la hora la enterraré conmigo, llevándomelo todo á la tierra antes que ceder nada de ella, guardándola entre mis brazos helados para devolverla á lo desconocido tal cual me disteis á guardar vuestra Iglesia. ¡Oh, Dios todopoderoso, soberano maestro, disponed de mí y haced de mí, si está en vuestros designios el pontífice de la destrucción, de la muerte del mundo!

Sobrecogido Pedro estremeciéndose de miedo y de admiración ante aquella figura extraordinaria que se elevaba ante él; el último papa presidiendo los funerales del catolicismo. Comprendía que Bocanera debía haber tenido más de una vez ese ensueño; le veía en su Vaticano, en su

San Pedro sobre los que caía el rayo, en pie, solo á través de las inmensas salas que su corte aterrada y cobarde, había abandonado.

Lentamente y revestido con su blanca sotana, llevando así en blanco el luto de la Iglesia, bajaba una vez hasta el santuario para esperar á que el cielo, en la noche de los tiempos, cayese aplastando la tierra. Por tres veces levantaba en alto el gran crucifijo que las convulsiones del suelo habían derribado en tierra, y luego, cuando el crugido final hendía los mármoles, le asía apretadamente y con él en brazos quedaba aniquilado bajo el hundimiento de las bóvedas. Y no había nada que fuese más regio, nada que tuviese mayor feroz grandeza. Con un gesto, el cardenal Bocanera sin voz, pero sin debilidad, y erguido é invencible á pesar de todo con su elevada estatura, despidió á Pedro el que, cediendo á su pasión por la verdad y la belleza, y diciéndose que él solo era grande, que él solo tenía razón, le besó la mano.

En la sala del trono fué á hora avanzada cuando cesaron las visitas, y entrada la noche cerraron las puertas y se procedió á colocar los cuerpos en el ataúd. Habían cesado las misas y las campanillas anunciando el acto de alzar, no se oían ya; el balbuceamiento de palabras latinas no se oía después de haber resonado durante doce horas en los oídos de los dos muertos queridos. Espesando el aire, invadido por el silencio, no quedaba más que el aroma moribundo de las cosas y el olor cálido de los dos cirios de cera. Como éstos con su luz de pálidas estrellitas no iluminaban bastante la sala, habían llevado algunas lámparas que los criados sostenían en las manos lo mismo que si fuesen antorchas. Según costumbre, todos los criados de la casa se hallaban reunidos allí para dar el último adiós á sus amos, que iban á acostarse para siempre en el seno de la muerte.

Hubo algún retraso. Morano, que desde por la mañana trabajaba mucho cuidando de todos los detalles, acudía corriendo entonces desesperado, al ver que aun no habían llevado el triple ataúd. Al cabo lo subieron los criados y se pudo empezar. El cardenal y *donna* Serafina estaban el uno al lado del otro cerca del lecho mortuario. Pedro también estaba allí lo mismo que *don* Vigilio y fué Victo-